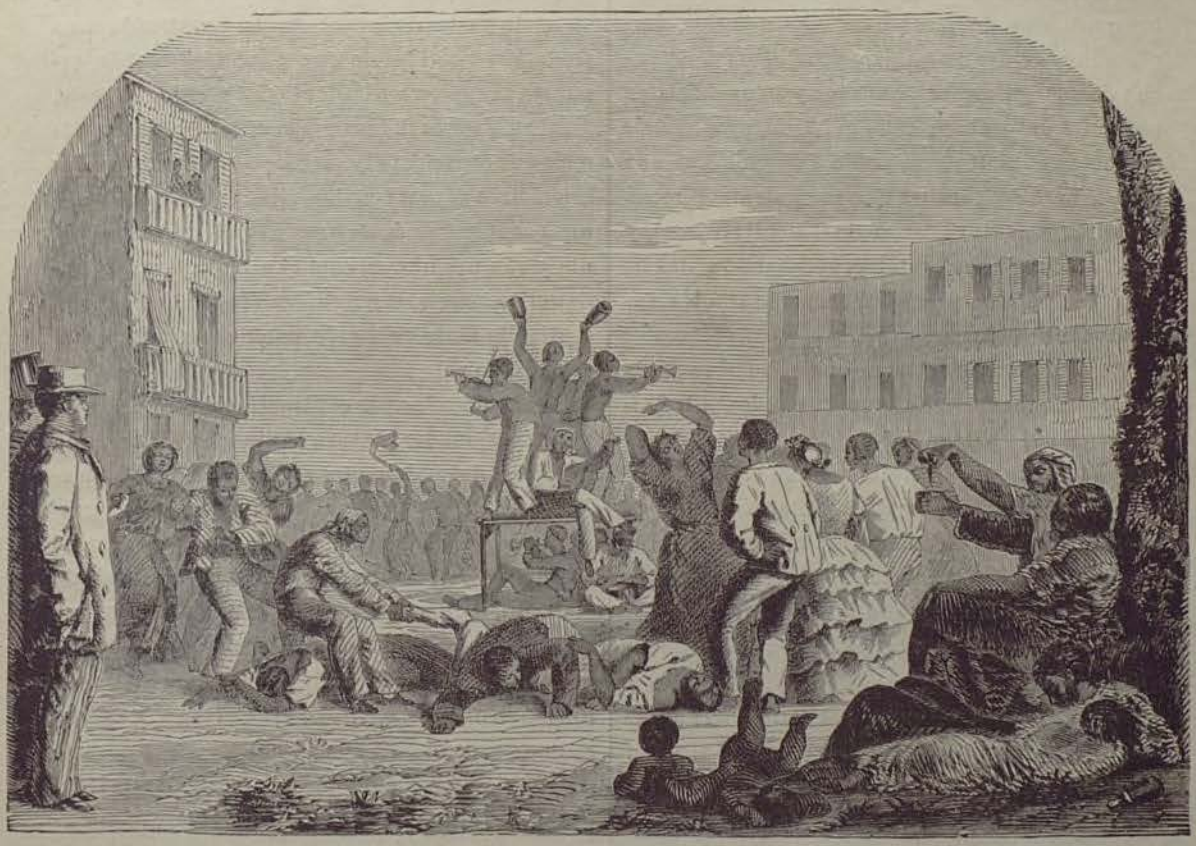
Tomo I. **Un real cada número.** Núm. 3.

SEMANARIO FAMILIAR PINTORESCO.

SUMARIO: Aspinwall, por *R. Cortambert*.—Expedicion al centro de la Florida, por *H. de la Blanchere*.—Edgardo Poe y sus obras, por *J. Verne*.—Vendedora de agua en Venecia.—GALERIA DE CELEBRIDADES: Cárlos Gounod, por *F. Nacente*.—Ana Severin, por *M. Craven*. CIENCIA FAMILIAR: Lluvia y buen tiempo, por *A. Mangin*.— SECRETOS DE TOCADOR: polvos blancos y de rosa para evitar que la accion del sol dañe al cutis.—Jardinería de salon.

GRABADOS: Danza de negros libertos.—El gran cipresal.—Vendedora de agua en Venecia.—Florero.

ASPINWALL.



DANZA DE NEGROS LIBERTOS.

ASPINWALL.

EL CAZADOR VALRAN.

POR

RICARDO CORTAMBERT.

(*Conclusion.*)

Quince dias estuvo aquel hombre pensando en su proyecto; hasta en sueños se le oia decir ferro-carril, Chagres, Panamá y Manzaniella.

Al fin tomó una resolucion irrevocable; proclamó que iba á unir los dos Océanos, envió ingenieros á Chagres y puso infinidad de obreros á trabajar en la empresa.

Lo rudo del trabajo era á propósito para desmayar á los mas animosos; pues no se trataba como en Suiza de luchar con los accidentes del terreno, abrir túneles ó construir viaductos por encima de los rios; sino que era forzoso realzar,

Biblioteca Nacional de España

consolidar un terreno pantanoso, y construir una vía entre juncales y espesuras infestadas de toda clase de fieras tropicales, desde los reptiles mas dañinos y peligrosos hasta las especies felinas mas terribles.

Del seno de aquellos interminables pantanos salian miasmas pestilenciales, mas maléficos que los del Rhin ó del Niger, miasmas que mataron en pocas semanas mas de las tres cuartas partes de los recien llegados.

No es posible imaginarse los inauditos sufrimientos que tenian que soportar aquellos infelices obreros: un sol de fuego les calcinaba los miembros; millares de mosquitos encarnizados, implacables, ávidos de sangre, penetraban á despecho de las gasas, mosquiteros y telas hasta su piel y los devoraban; cada golpe de azadon ó de machete en las malezas ponia á descubierto una madriguera de reptiles que se mostraban recalcitrantes á las invasiones de los estranjeros, y tras las altas yerbas estaban acechando gatos tigres ó caimanes prontos á despedazar á los infortunados yankees.

En esta obra de destruccion del hombre por la naturaleza enemiga, la muerte empleaba infinitos medios á cual mas refinado y cruel: si por descuido caia un hombre en una corriente de agua, al punto lo trituraban millares de pececitos pequeños, sin dejarle siquiera tiempo de proferir un angustioso grito de socorro; si el cansancio obligaba á los obreros á tenderse en la yerba, algunas horas despues no levantaban de allí mas que cadáveres.

Esa horrible hecatombe que cada dia contaba mayor número de víctimas no conmovió al señor Aspinwall, que solo sentia las pérdidas de dinero que le causaba tal calamidad; pero volvia resuelto á su caja, sacaba nuevas talegas, doblaba los salarios, y pronto se vió asediado por infinidad de irlandeses, ávidos de aprovechar las ventajas escepcionales que ofrecia.

La prensa americana, propicia siempre á los grandes pensamientos humanitarios, cuando tienen por promotores poderosos capitalistas, se hizo intérprete de la Compañía, y el *Express Herald*, periódico acreditadísimo, publicó un largo artículo en el que se encontraban las siguientes frases memorables:

«Será preciso remontarnos al tiempo de los patriarcas para hallar un ejemplo de abnegacion, desprendimiento y generosidad igual al de una Compañía norte-americana que acaba de organizarse para la sublime realizacion de un ferro-carril interoceánico.

«Esta Compañía abre sus tesoros y los derrama á manos llenas en el bolsillo de los obreros.

»Así se esplica que de todos los puntos del globo se vean acudir trabajadores, que desean entrar en liza y gozar del magnífico clima de la América central, paraiso terrestre en donde todas las producciones de la naturaleza se acumulan en maravillosa abundancia.

»La caza y las frutas mas delicadas hacen de esa region una verdadera tierra de Canaan, en la que todos quisiéramos poner los dioses penates.

»A la parte de levante se ha construido una poblacion á orillas de una espléndida bahía, espuesta al soplo vivificador de los vientos del este.

»Los obreros del progreso encontrarán en ella moradas espaciosas y sanas; y á setenta y dos kilómetros al oeste en las riberas del Pacífico, á unos centenares de leguas al sud de la California verán ostentarse, como hermosa jóven de gallarda presencia, la magnífica ciudad de Panamá, destinada á ser en breve una de las metrópolis del mundo.»

Deslumbrados por el atractivo de la ganancia y las apasionadas pinturas de los periodistas, una infinidad de emigrantes salieron de los Estados-Unidos, de Europa y aun de la China: todos lograron la honra de contribuir á la titánica obra de la union de ambos mares, trasformaron la isla de Manzaniella, en la cual fundaron una ciudad que llamaron Aspinwall en agradecimiento de la abnegacion del gran capitalista yankee, construyeron el ferro-carril entre los dos Océanos, y murieron en proporciones espantosas.

¡No baja de sesenta mil el número de estranjeros que fenecieron en aquella empresa filantrópica!

Males y enfermedades de toda clase azotaron cruelmente á dichos trabajadores, y se hizo proverbial la frase de que la vía de Panamá habia costado la vida de un hombre por cada traviesa colocada en ella.

Si despues la muerte acometió con menos frecuencia á los obreros, no dejó, sin embargo, de continuar su implacable tarea, segando en flor cada año la vida á centenares de emigrantes.

Imaginémonos una vía férrea formada de ralles (rails) mal ajustados, elevándose á prodigiosas alturas por armazones y catafalcos vacilantes, ó apenas apuntalados; tengamos presente que esplotan semejante línea los norte-america-

Biblioteca Nacional de España

nos, y comprenderemos los peligros á que están espuestos los viajeros.

Pero apresurémonos á decir que el dia despues de una catástrofe reina la mayor tranquilidad y confianza entre los yankees, porque segun les demuestran las estadísticas, no hay ejemplo de dos horribles desgracias ocurridas una tras otra, sin intérvalo, en una misma via: aquel dia, pues, se combinan y hacen viajes de recreo.

Además, los norte-americanos hacen poco caso de semejantes accidentes. ¿Ha descarrilado el tren? se hace la parte del lobo, como suele decirse, abandonando los muertos y los moribundos; se meten en perfecta confusion y mezcla todos los heridos en un coche; se colocan como se pueden en vagones en la línea, y ¡adelante! ¡hasta otra! y vuelven á marchar con mayor celeridad para ganar el tiempo perdido.

Que la caldera de una locomotora explota. Bueno ¿y qué? los viajeros, presurosos siempre por llegar á uno de los dos mares, se aferran á los vagones y los arrastran ó empujan triunfalmente, entonando himnos á la gloria y á la libertad.

Aspinwall se componia en 1855 de cuatro ó cinco míseras cabañas; hoy el viajero que arriba por mar ve estenderse al otro lado de un ancho muelle una magnífica línea de casas blancas coronadas de guirnaldas y oriflamas multicolores.

El desembarcadero se ostenta orgulloso á orillas del Océano, y la vía férrea que de allí parte pasa por el centro de la ciudad y desaparece luego entre bosques de cocoteros y paletuvios.

Definitivamente ha entrado allí la civilizacion, y entona á todas horas su canto de victoria con el silbido de las locomotoras y la trompeta de los maquinistas.

Cuentan los habitantes de Aspinwall mas abuelos en África que en Europa y América: los negros y mestizos encuentran la felicidad, ó mejor acaso, el olvido de los males en las delicias del aguardiente, que se vende á bajo precio, y un alimento suficiente en los cocos que la naturaleza prodiga, mas barato aun.

Holgazaneando por la playa ó dorándose al sol como las espigas en verano, se les ve en crecido número, sin moverse mas que para llevar de vez en cuando á la estacion del ferro-carril los equipajes de los pasajeros que se aprovechan del *Central american railway*, para trasladarse á California ó á las islas del Océano Pacífico.

II.

A últimos de noviembre de 1860 entraba en el puerto un buque francés; la muchedumbre de faquines se precipitaba sobre cubierta para apoderarse de las mercaderias y equipajes de los estranjeros, entre los cuales, inmigrantes en su mayoría, se hacia notar un jóven de unos veinte y ocho años, de aspecto delicado, de ojos azules, que revelaban una franqueza escesiva, de cabellos rubios que se desprendian en graciosos bucles, sin pretension, alrededor de una frente despejada donde parecia impresa la huella de profundo pesar, de una de esas tristezas que datan de mucho tiempo y que nada puede borrar ya. (1)

Un negro grandullon, que llamaremos José, echó mano al ligero equipaje del jóven, y fué el primero en salir triunfalmente del buque.

Habiendo llegado al muelle en seguimiento de su cofre y maleta, el francés, que en adelante denominaremos Jorje, pareció sobreponerse á un pensamiento doloroso, y articuló estas palabras con fingida firmeza.

—¿Conoces tú la casa del señor Valran?

—¡Oh, oh! el señor Valran—respondió el negro;—yo mucho querer indicar, pero no poder... Señor Valran tener una casa muy hermosa, muy bonita; pero señor Valran no habitar.

—Pues bien, repuso el jóven que habia seguido con ansiedad la respuesta del negro;—acompáñame á la casa del señor Valran.

José obedeció, y algunos minutos despues, el jóven francés entraba en una calle casi esclusivamente habitada por gente de color.

A cada lado se veian acurrucados con indolencia, ó medio tendidos en la acera, negros y mulatos.

Al doblar la esquina el viento llevó á oidos del estranjero una voz femenina que acompañaba un instrumento de cuerda, y pronto vió á la cantora, casi enteramente acostada en tierra, que parecia hechizar con su melodia africana á una jóven mulata de unos quince años, que al aire libre prestaba su cabeza á una negrita, ocupada en hacer su tocado.

—La casa y la hija del señor Valran,—dijo José, echando á tierra la carga y señalando el grupo, sin entrar en la calle.

---

(1) Lo que vamos á relatar es cierto por desgracia y ha sucedido á uno de nuestros mejores amigos.

Biblioteca Nacional de España

Al oir esto, una espresion indefinible pasó por el rostro del forastero, que dominando su penosa impresion, se acercó á la jóven, y con aparente frialdad, le preguntó por el jefe de la casa.

—Mi padre, contestó con indolencia la jóven, viene raras veces á Aspinwall: está cazando á cuarenta millas de aquí.

—Servios, pues, señorita, darme la direccion exacta del punto en que se encuentra, dijo el jóven.

—Mi padre, añadió con indiferencia la jóven mulata, se ha construido un rancho, me parece que en el bosque de Panamá.

E hizo un signo á la negrita para que siguiera trenzándole el cabello.

El jóven francés le dió las gracias, y ordenó á José que volviera á cargar con el equipaje y le encontrara un guia: el negro, que creia ya terminada su tarea, no pareció muy satisfecho del nuevo trabajo que se le ordenaba, y obedeció refunfuñando.

Llegaron á una plaza; José hizo penetrar al viajero en una choza llena de rompe-cabezas, aljabas, hachas y otros aparatos de muerte; un hombre alto, seco, bronceado, de fisonomía ruda, pero cordial, se dirigió al encuentro del jóven, le sacudió familiarmente la mano y le preguntó qué deseaba: el francés le expuso sus proyectos, y sin esperar á mas, el guia se calzó sus polainas, se puso el cinturon, cargó sus pistolas y su carabina, echó sobre sus espaldas un saco de provisiones, y manifestó que estaba á su disposicion.

Despues de tres dias de viaje, atravesando altas yerbas, malezas y bosques vírgenes, llegaron á la base de un montecillo coronado por una piedra, cortada de una manera estraña por la mano de la naturaleza: entonces el guia sacó un cuerno de su cinturon, y por tres veces consecutivas hizo resonar los bosques con su voz chillona. Otro cuerno contestó á lo lejos.

En aquel momento, gruesas lágrimas de felicidad rodaban por las mejillas de Jorje, quien reprimiendo los sollozos que oprimian su pecho, quiso continuar sin descanso su marcha hácia la residencia del cazador.

De vez en cuando, mientras avanzaban, el guia sonaba su cuerno que era siempre contestado por el invisible señor Valran.

Los viajeros llegaron por fin á una especie de encrucijada, sitio desprovisto de árboles, por haber sido estos incendiados á fin de alejar á los animales feroces, y dirigieron rápidamente sus pasos hácia un rancho que el guia dijo ser el del señor Valran. Entonces redobló la emocion del jóven francés, quien sentia latir con fuerza su corazon, pensando en la entrevista que iba á tener lugar: fué el primero de penetrar en la cabaña y en fijar su mirada, turbada y curiosa en el único personaje que contenia, el cual, á primera vista, mas tenia de salvaje que de civilizado.

Figúrense nuestros lectores uno de esos viejos tramperos, tan bien pintados por Aymard. Su rostro curtido por el sol y la intemperie, estaba rodeado por una larga cabellera y una barba gris: sus espaldas estaban cubiertas con pieles de cuguardo sujetas por hilos de pita, sus piernas desaparecian en inmensas botas de piel de boa, y de su cinturon rojo colgaban dos revolvers y un largo puñal de fino acero.

—Hospitalidad para ti, quien quiera que seas, exclamó el viejo cazador.

—¡Quien soy! prorumpió el jóven, he venido de Francia para decíroslo.

Y no pudiendo dominarse por más tiempo, se precipitó en los brazos del viejo, llamándole ¡su padre!

. . . . . .

Algunas horas despues de este conmovedor encuentro, llegada ya la noche, el señor Valran y su hijo conversaban junto á una grande hoguera que el cazador habia encendido para alejar á los animales salvajes.

—Hijo mio, dijo Valran, mi conducta necesita una esplicacion; todas las apariencias están en contra mia; os dejé á tu madre y á tí, hace diez y ocho años, en el mas completo abandono; pero voy á decirte las causas que me arrastraron, fatalmente, por decirlo así, á cometer aquel acto de desesperacion. En 1840 tuve la desgracia de inventar un procedimiento, que á la par que simplificaba el trabajo, convengo en que ponia en gran apuro á la industria rutinaria de la mayor parte de los hiladores: mi descubrimiento mereció los mayores elogios de las personas científicas; pero fué maldecido por los industriales, y yo fuí la víctima; arruinado por todos conceptos, recordé que en otra época habia estudiado algo de medicina; precisamente en aquellos dias encontré á un coronel italiano, un tal Dozzica, que reclutaba colonos para un establecimiento de Nueva Granada, no lejos de los terrenos auríferos: sus proposiciones me deslumbraron.

—Doctor, me decia, América es la tierra del libre vuelo del génio y os llevo conmigo á mi soberbia ciudad de Utopia.

Biblioteca Nacional de España

—Muy bien, ¿pero donde está situada esa ciudad?

—Oh, *mio caro*, mi ciudad se levanta en un punto magnífico. Por un lado una límpida corriente, y por el otro una colina cubierta por la mas risueña vegetacion. Ahora os enseñaré el plano de mi ciudad.

El señor Dozzica desplegó ante mí un gran papel; me señaló su ciudad, me hizo admirar la anchura de sus calles y su buena distribucion, me hizo observar el gran número de sus habitaciones, y poniendo su dedo sobre un pequeño cuadro encarnado que se hallaba cerca de una figura en forma de cruz, añadió:

—*Mio caro*, esa es vuestra casa; sereis mi vecino, y con solo bajar unos cuantos escalones, podreis ir á adorar al Dios de bondad.

Resumiendo: despues de esta conversacion, pensé en nuestra miseria y en la fortuna que probablemente me aguardaba en la magnífica ciudad del señor Dozzica, y partí.

Apenas desembarqué en el nuevo mundo, hice un ensayo de mis conocimientos médicos en unos veinte de mis compañeros de viaje, que habian sido atacados por la fiebre amarilla, y murieron todos.

Desde el punto de desembarque hasta la ciudad de nuestro jefe, habia unas setenta leguas de distancia: por mi parte contaba con que haríamos el trasporte en carruaje, y hablé de ello muy formalmente con el señor Dozzica, quien me disuadió de esta idea, alegando que yendo á pié distraeríamos y alegraríamos el viaje con magníficas cacerías, y no le faltaba razon, pues tres de los nuestros fueron devorados por los caimanes.

Tomamos á nuestro servicio veinte negros, á quienes cargamos con los equipajes, y nos metimos intrépidamente en unos senderos tortuosos y estrechos que el coronel nos dijo eran un camino de travesía, mucho mas corto que la gran carretera, para ir á Utopia. Así anduvimos durante un mes, y el trigésimo dia llegamos á un montecillo verdusco, situado entre un arroyo fangoso y un ribazo completamente pelado.

—Amigos mios, amigos mios! exclamó el señor Dozzica, apoyando en tierra su largo baston, hé aquí el emplazamiento de nuestra ciudad!

Oyóse un terrible grito de furor: varios de los colonos querian despedazar al jefe de la expedicion que tan cruelmente nos habia engañado; pero los mas prudentes tuvieron el buen tacto de hacer comprender que aquella venganza no mejoraria en nada nuestra situacion, y nos invitaron á aceptar animosamente nuestra mala estrella.

Casi todos nos dedicamos á la vida primitiva, es decir, que cazábamos para proveer á nuestra subsistencia. No haré que me sigas en mis escursiones por llanuras y bosques. Algunos meses despues fuí herido gravemente por un jaguar, una negra liberta me recogió y cuidó con una abnegacion de que solo á tu madre creyera capaz. ¿Qué mas te diré? Hacia tanto tiempo que carecia de afecciones, que acabé por amar á aquella pobre mujer, y me casé con ella; ha muerto, pero su hija que tambien debo llamar hija mia, vive y habita en Aspinwall.

El viejo trampero calló: luego lanzó un fuerte suspiro, y prosiguió su historia...

Al dia siguiente, el señor Valran y su hijo prosiguieron la conversacion de la víspera, dirigieron una mirada retrospectiva á los últimos diez y ocho años, y se preocuparon por el porvenir.

—Padre mio, dijo el jóven, ¿me será permitido deciros mi mas ardiente deseo?

—Te comprendo, contestó Valran; quieres arrancarme á mis queridos bosques; pues bien, partiremos; pero antes quiero quemar alguna pólvora contigo en honor de mis bestias feroces.

Algunos dias despues, Valran y Jorje, provistos de largas carabinas, se deslizaban audazmente por entre los bejucos y los nopales; un negro armado de una lanza les precedia y golpeaba la maleza; de pronto el pobre africano exclamó con indecible terror:

—¡Serpiente!

—Alerta! dijo Valran cogiendo su revolver y poniéndose sobre sí.

La serpiente, el mas temido de todos los reptiles venenosos de América, no tardó en presentarse: avanzó en línea recta hácia Valran con increible presteza, y cuando solo estaba á cinco ó seis pasos de distancia, se alzó, pronta á arrojarse sobre él; sonó un tiro, pero la bala no la tocó; trascurrió un segundo, largo como un siglo; la serpiente, cada vez mas furiosa, oscilaba y se arrojaba ya sobre el cazador, cuando una segunda bala la hirió en el cuello y la hizo caer en el suelo casi muerta.

—Dejemos á ese mónstruo repugnante en su agonía! dijo Jorje queriendo llevarse á su padre.

—¿Abandonar un... á los gusanos? replicó Valran, ¿no sabes tu que los cazadores mas atrevidos apenas han osado alguna que otra vez ba-

Biblioteca Nacional de España

tirse con tan formidable adversario? La llevaré á Europa como mi mejor trofeo de caza!

Hablando así, el atrevido y audaz Valran, que habia visto tantas veces la muerte muy de cerca sin temerla, se acercó á la serpiente, golpeó su cabeza y la cogió por el cuello, mientras observaba la impresion que el terrible reptil causaba á su hijo.

Pero terminemos esta escena que tan fatal desenlace debia tener: la serpiente, en un supremo esfuerzo, se retorció y mordió en la mano al temerario cazador, que lanzó un grito, se tambaleó y cayó desmayado: la accion del veneno fué casi instantánea: tres cuartos de hora despues, el anciano trampero habia dejado de existir.

Jorje anduvo errante por el bosque víctima de un dolor atroz: rindió el último homenaje á su padre, y regresó á Aspinwall, á fin de participar la triste noticia á la hija del señor Valran; pero llamó inútilmente á la puerta de su casa: la señorita estaba en el baile.

Al atravesar una plaza llamó su atencion una singular aglomeracion de negros de ambos sexos, que se apretaban y empujaban alrededor de una mesa, sobre la cual gesticulaban varios músicos grotescos. De repente, y sin que precediera la menor señal, rompe la orquesta, y toda aquella gente se pone en movimiento; el baile empieza por una especie de marcha cadenciosa, cuyo movimiento crece sin descanso. Poco á poco la entonacion de la música crece, el violon gime y gruñe, el clarinete lanza gritos cada vez mas chillones, los pífanos suenan, el tambor retiembla y los cantos se convierten en clamor diabólico. Un negro alto mueve á compás dos cacerolas llenas de trozos de hierro, y parece ser el génio de aquella escena satánica: los bailarines se animan progresivamente, se exaltan, se embriagan con sus propias contorsiones; sus brazos se agitan en todos sentidos, sus piernas patalean; vociferan, se mueven, saltan, caen, ruedan, se retuercen, y la espantosa rodada sigue mas frenética, mas endemoniada que nunca.

Cuando los bailarines, cansados, quebrantados, caen al suelo, se les arrastra fuera del círculo y otros se precipitan á ocupar su sitio.

Fijando sus miradas en la multitud, Jorje percibe á la jóven mulata y se dirije hácia ella:

—Señorita, le dice, salid de aquí: vuestro padre ha muerto hace tres dias!

Pero la mulata le mira distraidamente, le contesta que nada sabia, y no escuchando mas que la furiosa pasion del baile que se ha apoderado de todo su sér, se mezcla de nuevo entre los bailarines.

Jorje no podia creer en tal aberracion del corazon, en tal olvido de todo sentimiento filial, que solo puede esplicar la estraña embriaguez que en semejantes fiestas se apodera de los hijos del trópico.

Abandonó aquel lugar de espantoso placer con el corazon mas lacerado que nunca, y á la semana siguiente se embarcó de regreso para Europa.

(Traduccion de S. M.)

Expedicion al Centro de la Florida

EL OKICHOBÍ.

POR

H. DE LA BLANCHERE.

(*Continuacion.*)

CAPÍTULO IV.

LA MARCHA.

Una elegante y veloz goleta salia un mes despues del puerto donde habia recibido los últimos preparativos, y bajaba ligeramente los 170 kilómetros de Misisipí que separaban dicho puerto del Atlántico. El que hubiera pasado por detrás de la nave habria leido en su rótulo de popa el nombre de *Confianza*.

Veíase á su bordo á don Julian del Meril, que, sentado en el alcázar, con la cabeza apoyada en la mano, dirigia vagas miradas al mar y á los confines del horizonte, trás los cuales iba á hundirse el esplendoroso sol de los trópicos.

Pocas semanas despues la encontramos doblando el cabo de Agí, y evitando la gran corriente marina del Gulfstream, que saliendo del golfo de Méjico, la habria arrojado muy lejos de su derrotero.

Fiel á su promesa, marcha don Julian al sitio que la suerte le señaló en su original desafío. Le tocó el Este, y por el Este penetrará en los mortíferos desiertos de la Florida meridional.

Para ello necesita recorrer solamente unas veinte leguas, á la vista de las costas bajas y cenagosas, que en un trayecto de ochenta leguas terminan por allí aquella península, y buscar el paso de Nasau entre las islas Talbot y Amelia, que guardan el desembocadero del rio San Juan.

Biblioteca Nacional de España

Pero antes tiene que ir á Jacksonville.

Para subir el curso del San Juan era menester un barco especial, y por esto habia comprado la goleta *Confianza*, construida exprofeso para la navegacion por los rios, con el fondo semiplano y de formas especiales.

Esas condiciones esplican el por qué no se arriesgaba á navegar mar adentro: aquella nave era incapaz de resistir una borrasca del Océano.

Vino la noche con su manto tachonado de estrellas y con el indescriptible esplendor de las noches serenas de las regiones tropicales.

El viento del sud empuja la nave como si fuese rauda gaviota, por encima de las verdes algas del Océano.

Preocupado don Julian con las dificultades de su arriesgada empresa, sigue maquinalmente con la vista el perpétuo movimiento de las olas, que van á besar las playas bajas y estériles de la Florida, y corren luego á estrellarse contra las costas de Europa. ¡España, tierra bendita, cuna de mis mayores! ¡Francia, cuna de mi madre! ¡yo os saludo, y ruego á Dios que algun dia vuestro hijo pueda gozar la dicha de veros!

El calor es bochornoso y sofocante; el sol se oculta en medio de nubes de color de sangre; una bruma trasparente y dorada se levanta sobre el horizonte, bañando la isla Amelia que se ostenta como una lengua de tierra terminada por acantilados.

Cinco hombres y el capitan Segris, antiguo amigo y condiscípulo de don Julian, constituyen la tripulacion de la *Confianza*.

El capitan deja al señor del Meril para vigilar el barco durante la límpida noche. Mas como quiera que desde la puesta del sol ha calmado la brisa, poco trabajo tendrá que hacer.

Permanece el mar tranquilo y liso como un lago mas azul y luminoso que el manto de los cielos. Mil fulgores resplandecen, y cada rizo de las aguas se estiende en faja bordada de diamantes deslumbradores.

La goleta destaca sobre un fondo de negro azulado la silueta de sus velas, que en la actualidad caen inertes sobre la cabullería.

Surcos de fuego aparecen y desaparecen en torno de la nave: los producen los tiburones y bonitos que trazan aquellos regueros fosforescentes á su paso, girando y volviendo á girar de contínuo al rededor de la nave, recordando involuntariamente los movimientos y vueltas que la golondrina describe en los aires, sobre las aguas de un tranquilo estanque en un dia de bonanza.

Entre tanto se ha pasado el canal ó estrecho: la *Confianza* cambia de rumbo esta vez hácia el sudeste y navega por el paso de Talbot con intento de dejar á babor el faro del Azar que se vé mas arriba de Pablo. En este instante entra en las aguas del San Juan.

Pablo es una pequeña estacion fluvial que se levanta en medio de un sobérbio soto de magnolias y encinas.

Falta recorrer el espacio de treinta millas para llegar á la ciudad: cuestion de veinte y cuatro horas.

—Segris,—dijo Julian,—no te olvides del mestizo.

—Mañana le veremos. No hay cuidado de que me olvide de él, pues serias muy capaz de tomarme en cambio uno de mis marineros...

—Tenlo por cierto. Necesito tener el número cabal de hombres que he dispuesto.

—Los tendrás; es cuestion mia.

—¿Y los caballos?

—En cuanto á eso, tiempo de sobras tenemos para arreglarlo...

Despues de dejar la *Confianza* amarrada junto á un anden de madera, se encaminaron los dos amigos á una de las calles que desembocaban en la plaza del *Court-House*.

Se acercaron á una que podríamos denominar cabaña, sita á la entrada de una angosta calle lateral, ó por mejor decir, camino fangoso no empedrado, como si el barro fuese el elemento constitutivo de este país que tan admirable podria ser, y llamaron á la puerta.

Esta cabaña formada de bálago y cañas, cubierta de hojas de palmera, debia encerrar una familia indiana.

Con efecto, un hombre de treinta y dos ó treinta y tres años saludó á Segris como á un conocido de mucho tiempo, y se puso delante de él en actitud de esperar lo que iba á decirle. Era sin disputa un guapo mancebo, si bien que de mirada ladina y esquiva. En su rostro pintarrajado con el bermejo oscuro con que suelen embadurnarse los indios de la raza cobriza, se estendia una pintura azul que representaba un corazon rodeado de pequeñas manchas redondas.

Componian el traje del indio una blusa de lana y un cinturon de seda sobre un vestido de piel ajustado.

—¿Qué tal? ¿se vende? ¿te va bien Toby?—preguntó Segris.

Biblioteca Nacional de España

—Maldito, maldito, señor Segris.

—Siendo así, ¿tendrias inconveniente en darte con nosotros una vueltecita que intentamos dar por el Okichobí?

—Eso depende del salario.

—¡Por supuesto!... ¿Cuánto quisieras tú?

—Dos duritos cada dia, pagaderos al regreso.

—Está bien.

—¿Se me darán las armas y municiones?...

—Naturalmente.

—¿Es usted el amo, señor Segris?

—No; es mi amigo don Julian del Meril, aquí presente.

—Corriente pues... ¿Cuando marcha usted?

—Ahora mismo...

—Le sigo á usted. Solamente deseo que me permita llevarme algunas mercancías para mis parroquianos.

El gran cipresal.

—No tengo inconveniente,—repuso don Julian.

He ahí como quedó alistado Toby, que dos minutos despues caminaba al paso de sus nuevos amos.

Por la noche se le hizo entrega de una escelente carabina, un par de revolvers, y una manta que traia cruzada al pecho en forma de banda, como las que adornan á los elegantes escoceses.

—¡Buenos dias!—dijo de pronto una voz ronca en el momento en que el jóven marino volvia con sus compañeros á la plaza.

—¡Calle! ¿usted por aquí Minecava?

—Sí, señor; para servirle si puedo.

—¡Pardiez! me viene usted de perilla, hombre.

—¡Tanto mejor!

El individuo que habia parado á Segris permanecia delante de él vestido de la manera mas original y estraña. Era un antiguo indio trocado en yankee, que es como decir borracho, vagabundo, poco escrupuloso y chalan.

Tales son los efectos de la civilizacion.

Llevaba levita azul con botones dorados, corbata blanca y camisa de color, sobre la cual se ostentaban medallas, botones de vidrio y una cadena de reloj. Pero en vez del pantalon de ma-

Biblioteca Nacional de España

hon y zapatos con hebilla, que habrian completado su traje de perfecto caballero yankee, vestia un pantalon de cuero adobado con la sangre y el mugre; iba descalzo.

Ese era el estraño sugeto que sin permanecer en estado salvaje, no podia llamarse civilizado.

Su tez bronceada le hacia tanto mas estraño, cuanto que en un combate con los seminoles le habian cortado la cabellera y arrancado la coronilla, y para colmo de ventura, mala sin duda, otra vez le rompieron la cabeza, y otra le aplastaron un ojo.

En cierta ocasion los españoles le encontraron medio muerto, y como pertenecia á la tribu de los muscogulugos, aliada de aquellos, lo recogieron de entre los cadáveres y se le pudo sal-

Vendedora de agua en Venecia.

var la vida para dar testimonio de un milagro, ó para probar que era hombre tan fuerte como el hierro.

No se le daba otro nombre y apellido que los de *caballero descoronado*; con un pañuelo disimulaba la falta de hueso en la cima del cráneo, cuya piel blanda y sensible á la menor presion, siquier del dedo, no podia soportar otro abrigo, ni cubierta, ni sombrero.

—Conque, vamos á ver, ¿cómo va la venta de caballos? bien, por supuesto.

—¡Quiá! mal y retemal, señor Segris... ningun ciudadano compra un caballo por amor de Dios... solo se venden rocines y matalones .. en un mes no se le ve la cara á un duro de buena ley...

—¡Bah! Usted exagera...

—Pues digo la verdad y aun me quedo corto.

—¿Entonces se vivirá de la caza?

—¡La caza, señor Segris! Otra que tal. Si no hay caza, señor; si parece que me tiene miedo ó que yo soy corto de vista... Y cuando un estúpi-

Biblioteca Nacional de España

do gamo se deja matar, es para darme el chasco de hacerme correr diez millas para no sacar provecho... ¡Malhaya!... me estoy muriendo de hambre...

—Y de sed, ¿no es eso?

—Sí á fé, señor Segris; de sed, y esto es lo que mas me duele.

—¿Es decir, amigo muscogulugo, que está usted disponible?

—Para todo, ¿qué duda cabe?

—Quiere usted, pues, venirse con nosotros á dar una vueltecita por el Okichobí.

—¿Por el Okichobí?—repitió el salvaje sin coronilla alzando la cabeza.—¡Oh! hace muchos años que no he estado por allí... desde que me...

—Sí, comprendo: desde que le arrancaron la tapa de la cabeza.

—¡No, no! hace mas tiempo...

—Razon de mas para que usted se decida.

—Sí, estoy decidido, señor Segris. Iré con ustedes para ver si hay todavía indios por allí... Pero ¡cá! no los hay... todos murieron.

—¿Cuánto quiere usted?

—Dos duros cada dia y las municiones.

—¡Corriente! Salimos mañana. Será preciso que se quite el hermoso traje que viste y se ponga el uniforme de cazador de las selvas. ¿Tene usted uno?

—Lo tengo en buen estado.

—Pues bien; el barco está en el puerto de San Juan. Mañana á las seis.

—No faltaré.

Y en efecto, no faltó.

De esa suerte el caballero descoronado se alistó al servicio de nuestro amigo don Julian.

(Se continuará.)

AGUADORA DE VENECIA.

Hasta hace unos veinte y cinco años, no se abrieron en Venecia los pozos artesianos que la han dotado de agua dulce de que carecia; para distribuirla se han erigido fuentes públicas, todas ellas á la altura del brazo y construidas con el buen gusto artístico que tan desarrollado está en Italia: las hay de órden romano, bizantino, griego y del renacimiento, y á esas fuentes acuden á llenar sus cubas las aguadoras de Venecia, una de las pocas ciudades donde todavía se halla reservado á la mujer tan penoso oficio. Las aguadoras de Venecia, por lo general, son jóvenes de los alrededores y del Tirol, que se dedican durante algunos años á este ejercicio, y que cuando han podido reunir algunos ahorros, vuelven á sus pueblos y se casan con sus compañeros de la infancia.

Cuando hay alguna fiesta patriótica, las aguadoras de Venecia suelen adornar su cabello, y tambien el sombrero, con flores, como el tipo que representa nuestro grabado de la página anterior.

EDGARDO POE Y SUS OBRAS.

POR

JULIO VERNE.

(Continuacion.)

Poe le acompañaba en su visita ó exámen.

Dupin, seguido de un guardia, inspeccionó la calle de Morgue, las cercanías de detrás de la casa, y la fachada, con una atencion sumamente minuciosa.

Luego subió al aposento en que todavía yacian los dos cadáveres.

Su exámen duró hasta la tarde sin decir palabra, y de regreso á su casa, se detuvo algunos minutos en las oficinas de un periódico.

Durante aquella noche permaneció silencioso; solo al dia siguiente, á medio dia, preguntó á su compañero si habia observado algo de *particular* en el teatro del crímen.

He aquí donde empieza á manifestarse el espíritu analítico de Dupin.

—«Pues bien,—dice,—aguardo á un individuo que si bien no es quizás el autor de tan horrorosas muertes, debe hallarse algo complicado en su perpetracion. Es probable que sea inocente de la parte atroz del crímen... Aquí aguardo á mi hombre de un momento á otro. Si viene será necesario retenerlo. Tenemos dos pistolas, y usted y yo sabemos perfectamente para que sirven cuando el caso lo exige.»

Os dejo, caros lectores, pensar cual seria la estupefaccion de Poe, al oir palabras tan positivas.

Dupin le dijo entonces que si la policía despues de levantar los entarimados, abierto los cielo-rasos, sondear la obra de las paredes, no podia esplicarse la introduccion y la fuga del asesino, él, procediendo de otra manera, sabia á que atenerse tocante al asunto.

Efectivamente, escudriñando todos los rincones, y en especial la ventana de detrás que habia

Biblioteca Nacional de España

debido dar paso al asesino, descubrió un resorte. Este resorte, mal sostenido por un clavo corroido por el orin, habia podido cerrarse por si solo, y retener cerrada la puerta de la ventana, despues de haber sido empujada desde fuera por el pié del fugitivo, empuje que de rechazo podia haber hecho jugar el resorte.

Cerca de esta ventana pasaba la larga cadena de un pararayos, y Dupin no dudaba que esta cadena hubiese servido de ruta aérea al asesino.

Mas todo eso era muy poca cosa; porque del camino tomado por el criminal, tanto despues del crímen como antes, no podia venirse en conocimiento de quién fuese el malvado.

Por ello, fijándose Dupin en este punto, se lanza en pos de una deduccion curiosa y referente á un órden de ideas muy distinto, no preguntándose como han pasado las cosas, sino en que se distinguen de todo lo que ha sucedido hasta entonces.

Además, el dinero intacto en la habitacion prueba que el robo no ha sido el móvil del crímen.

Entonces es cuando Dupin llama la atencion de Poe sobre una particularidad no observada de las declaraciones de los testigos, y en la cual se revela por entero el génio del novelista norte-americano.

Los testigos que acudieron en el momento del crímen, habian observado dos voces bien distintas afirmando que una de ellas pertenecia á un francés: no habia duda ninguna en este punto; pero en cuanto á la otra, decian que era una voz *aguda*, una voz *áspera ó bronca*, y habia completo desacuerdo entre esos testigos pertenecientes á diversas naciones.

—«Esto—dice Dupin—constituye *la particularidad* de la evidencia. Cada testigo extranjero asegura que aquella voz no es de un compatriota suyo; la compara, noá la voz de un individuo, cuya lengua le fuese familiar, sino cabalmente al contrario. El francés supone que era una voz de español, y *habria podido distinguir algunas palabras á estar familiarizado con la lengua española.* El holandes afirma que la voz era de un francés; pero constaba que el testigo por no conocer el francés habia sido interrogado por conducto de un intérprete. El inglés presume que era la voz de un aleman, y *no entiende la lengua alemana.* El español *está seguro* de que era la voz de un inglés, á juzgar tan solo por la entonacion, puesto que *él no tiene el menor conocimiento* de la lengua inglesa. El italiano cree en la voz de un ruso, si bien él no ha hablado jamás con persona natural de Rusia. Otro francés, *sin embargo*, difiere del otro, y *está cierto* de que la voz era de un italiano; pero no conociendo esta lengua, hace como el español, *deduce su certidumbre de la entonacion.* Ahora bien, ¿tan insólita y estraña era aquella voz, que no permitia obtener acerca de ella mas claros testimonios? Una voz, en cuyas entonaciones, ciudadanos de las cinco grandes partes de Europa, no han conocido nada que les fuese familiar... es asombroso! Me dirá usted tal vez que acaso era la voz de un asiático ó la de un africano. Los africanos y asiáticos no abundan mucho en París; pero sin negar la posibilidad del caso, llamaré simplemente su atencion sobre tres puntos. Un testigo describe la voz así: *mas bien bronca que aguda*; otros dos hablan de la misma como de una voz *breve y brusca.* Esos testigos no han distinguido palabra alguna, ningun sonido *semejante á palabras.*

Dupin continúa: recuerda á Poe los pormenores del crímen; la fuerza física que ha tenido que exigir, puesto que han sido arrancados de la cabeza de la anciana varios mechones de cabellos, y usted sabe «que fuerza poderosa se necesita para arrancar de la cabeza veinte ó treinta cabellos solamente á la vez;» hace notar la agilidad necesaria para subir por la cadena del pararayos; la ferecidad *bestial* que se ha desplegado en el asesinato, y lo *grotesco*, horrible, absolutamente estraño en la humanidad, y en fin, y sobre todo, «aquella voz cuyo acento desconoce el oido de hombres de varias naciones, aquella voz desprovista de toda articulacion distinta é inteligible.»

—«Pues bien, ¿qué se infiere para usted de todo eso?—pregunta entonces Dupin á su compañero.—¿Qué impresion ha causado en la imaginacion de usted?

Lo confieso, al llegar á este pasaje del libro, me sucedió, como al interlocutor de Dupin, que sentí un estremecimiento, un escalofrio correr por todo mi cuerpo.

Ya veis como se ha apoderado de vosotros el sorprendente novelista. ¿Es dueño de vuestra imaginacion? ¿os tiene sometidos á las palpitaciones de su relato? ¿Presentis quien sea el autor del crímen estraordinario?

En cuanto á mí, ya lo habia adivinado todo entonces. Vosotros tambien lo habreis comprendido.

Terminaré, pues, brevemente, citándoos las pocas líneas que Dupin habia hecho insertar la víspe-

Biblioteca Nacional de España

ra en el poriódico *Le Monde*, diario consagrado á los intereses marítimos, y muy leida de los marinos:

(*Se continuará.*)

GALERIA DE CELEBRIDADES.

CÁRLOS GOUNOD.

APUNTES BIOGRÁFICOS

RECOGIDOS

POR

FRANCISCO NACENTE.

(*Continuacion.*)

En el *Fausto*, dividido bajo la direccion de Emilio Perrin, en cinco actos, en el teatro de la Opera, vertió Gounod toda su alma de poeta con acentos que son el secreto del genio.

Podrá parecer en algunos pasages poco diabólico el papel de Mefistófeles, y que Fausto cante su amor con sobrado respeto y mucha castidad, despues de vender su alma al infierno por algunos dias de juventud, mayormente sirviéndole en persona el demonio mismo para triunfar de Margarita.

Cierto que bajo el punto de vista de la lógica rigurosa, los cantos de Fausto debieran llevar impreso el sello del disimulo, y que en todos los actos de un seductor condenado, se habria de notar su amistad con el diablo. Pero esas consideraciones de rigurosa crítica se vienen por sí solas al suelo, cuando se oye al amante de la virgen rubia enamorarla con inefable emocion, y corresponderle ella con la confianza y embriagadora turbacion de los primeros latidos de un corazon tierno y sensible.

Indiquemos ahora las dificultades que se opusieron á la aparicion de esta sublime obra, hagámoslo siguiendo al autor de ella que él mismo se encarga de darnos interesantísimos y no divulgados pormenores.

«Cuando di el *Fausto* en Paris,—dice Gounod,—en marzo de 1859, muchos amigos y personas que se interesaban por el buen éxito de mi ópera, creyeron que debian llamarme la atencion sobre varios puntos que á sus ojos comprometerian el logro de mis esperanzas.

»*Fausto* puede tener grande éxito,—me decian;—pero tenga usted cuidado: hay en él cosas que matarán la obra. Por ejemplo, el acto del jardin! ¡Pensarlo bien! ¡es un acto que dura más de una hora y que pasa todo con cantos de amor, á la luz de la luna!

»Todos los espectadores dormirán antes de acabar el acto. Tiene usted que hacer en este acto grandes cortes. ¡El aria de Fausto! ¡y aquel cuarteto tan largo! ¡Por Dios, cuidado!»

Cierto dia se habló seriamente de quitar casi toda aquella conmovedora escena del jardin.

«—¡Oh!—exclamó el compositor,—pedidme lo que querais; estoy dispuesto á todos los sacrificios: más no toqueis el acto del jardin. En él he puesto mi alma toda, le tengo estraordinario cariño, y más quisiera condenarlo á permanecer ignorado en el secreto que conmigo bajaría al sepulcro, que verlo mutilado, reducido, deshonrado.

»La escena del jardin, pues, quedará en su integridad, tal como lo he concebido, tal como se me ha ofrecido en la espansion de mi sér, ó retiro mi partitura.»

¡Para complacer al compositor, y solamente para complacerle, se respetó el acto del jardin!...

«Ahora,—prosigue Gounod,—tiene usted en el acto cuarto la escena de la catedral que es largo y sin efecto. ¡Y la muerte de Valentin despues del terceto del duelo! Todo eso es sombrio, lúgubre y sin efecto.

»Confieso que no sabia que responder á tan desoladores augurios, sino que no me desalentaban, y que por la emocion que me habia dictado estas páginas tenia en ellas la confianza de un niño.

»Llegó por fin el momento de la representacion, y aunque la obra fué acogida con cierta benevolencia, no pudo dudarse que habia tenido buen éxito, si bien muchos lo discutieron y algunos dudaron que fuese duradero. Se habló del coro de los viejos en el segundo acto y del coro de soldados en el cuarto con mucho calor, y un colega me dijo tocante al particular:

—Ya ve usted cuan fácilmente podria escribir melodías; en esos dos trozos, las hay admirables. ¿Por qué no los ha puesto usted en los otros?

Un crítico de *primo cartello*, el señor Scudo, al dar cuenta de la ópera, dijo entre otras observaciones mas ó menos atinadas: «Nada diremos del acto quinto, puesto que no existe.»

Ese escritor creyó tambien por espacio de muchos años, y lo ha dicho en todos los tonos en *La Revista de ambos mundos*, que Meyerbeer no existia.

Biblioteca Nacional de España

Hemos visto que sin la «confianza de niño,» del compositor, la página mas hermosa y delicada, el trozo mas precioso de la obra maestra de Gounod, desaparecia en los ensayos para caer en el olvido; pero el maestro supo mantenerse firme y en poco estuvo que la obra magna dejase de ver la luz.

(Se continuará.)

ANA SEVERIN,

POR

Mme. CRAVEN.

(Dos veces premiada por la Academia francesa.)

TRADUCIDA DE LA 14.ª EDICION.

(Continuacion.)

II.

El Marqués de Villiers cumplía en esta época cuarenta años, y aunque aparentaba menos edad, no se estrañará que á los ojos de Guillermo de los Aubrys, que solo tenia veinte, pareciera ser casi un anciano. Aparte de esto, no hacia más de un mes que se habian conocido por vez primera, y no se habia formado ninguna intimidad entre ellos. Sin embargo, Guillermo participaba de todas las opiniones del Marqués; reconocia y estimaba su noble carácter, pero, á despecho de sí mismo, sentia una especie de repulsion hacia él, y á juzgar por ciertos indicios, esta repulsion era recíproca; pero el jóven se cuidaba poco de eso. Una tarde habia visto aparecer al Marqués de Villiers en casa de la señora Perceval, en la cual pasaba la mayor parte del tiempo; mas no le causó ninguna sorpresa, porque la señora Perceval se habia llamado en otro tiempo la condesa de Nebriant y era prima del Marqués de Villiers. Verdad es que habia cesado toda relacion entre ellos desde la época de su segundo casamiento, contraido durante la emigracion; casamiento que el Marqués habia mirado como una falta imperdonable. Pero la señora Perceval, ó no lo habia notado, ó no habia hecho el menor caso de ello. Retirada hacia cuatro años en los alrededores de Lóndres, educaba allí tranquilamente á su hija y á otra niña de la misma edad, nacida del precedente matrimonio del doctor Perceval; y salvo una nube de tristeza que envolvia en ésta época á todos, la señora Perceval pasaba una vida feliz, honrada y apacible. Las dos jóvenes crecian juntas como dos hermanas, y se amaban como si efectivamente lo fuesen. La buena Luisa Perceval mostraba á la que llamaba *su hermana francesa* una admiracion sin límites, mezclada con una especie de respeto, que, sin embargo, provenia de la ternura, y no de la diferencia de rango que existia entre ambas; diferencia que la mas noble de las dos parecia recordar menos aún que la otra.

Era, en verdad, una criatura singularmente atractiva la jóven Carlota de Nebriant, á la edad en que la presentamos en este momento al lector: álta, graciosa y digna, sus cabellos rubios y brillantes rodeaban como una aureola su noble frente; sus labios á menudo entreabiertos por la más dulce sonrisa, dejaban entrever unos dientes blancos como perlas, y la espresion de sus grandes ojos, ora risueños como su boca, ora graves y hasta imponentes, hacian decir alternativamente: «Qué encantadora niña!» ó bien: «Qué ángel!»; palabra que parece comun, pero no lo es tanto como se cree, y para que venga á los labios, no es suficiente la pureza de las facciones, sino que es preciso, á nuestro entender, que el rostro que la inspire refleje más ó menos claramente esa belleza interior y celeste de la cual la otra no es más que su imágen.

Tal era, en efecto, el carácter de la belleza de Carlota, y así es como apareció por primera vez á los ojos del Marqués de Villiers, en un concierto público, al que la casualidad le habia conducido para oir á madame Catalani, allá en los primeros dias de su celebridad, y donde por una excepcion de sus costumbres, Carlota y Luisa se encontraron con sus padres. Una y otra iban vestidas de blanco: entonces en Iglaterra era esta la moda de todas las mujeres en traje de mañana, y de paso diremos que esta moda era bonita, y conseguia mejor que otras el fin que se propone siempre la moda, aun la mas estravagante: disminuir la fealdad y realzar la belleza. Carlota, aunque vestida como las otras, se distinguia entre todas, y sin notarlo, atraia todas las miradas. Si alguna vez se sonrrojaba con cierta turbacion, era cuando un jóven, colocado cerca de ella y cuyo cabello rubio se parecia al suyo, le decia algunas palabras, á las cuales respondia con una sonrisa; sin embargo, no por esto dejaba de escuchar la música, que parecia ser para ella un placer vivo y nuevo, á juzgar por la emocion que se pintaba en su rostro y por las exclamaciones que involuntariamente se le escapaban.

El Marqués de Villiers recibió una impresion

Biblioteca Nacional de España

tal como no habia sentido nunca otra semejante: y antes de proseguir, no será quizá inoportuno decir algo á acerca de su caracter y de las circonstancias precedentes de su vida. Más que por virtud, por orgullo y desden, ó por espíritu de contradiccion, el Marqués habia permanecido, durante su juventud, ajeno á los excesos de los hombres de su tiempo. Nadie como él censuró la frivolidad y la corrupcion de aquella sociedad, que mas tarde habia de defender con cierta vehemencia, lo mismo que todo el órden de cosas del cual formaba parte; y á los veinticinco años se singularizaba por una especie de misantropía, que en él distaba mucho de ser afectada. Parecíale verdaderamente miserable el género de vida que llevaban los más de los hombres de su edad, y habria querido ocupar de otro modo su tiempo y su corazon: porque no le faltaba corazon; y en medio de un orgullo algo displicente, tenia un alma noble y elevada, siendo susceptible de afecto y de ternura, y sobre todo de sentimientos apasionados.

Pero nada de esto era de buen tono en los últimos dias de la sociedad que presenció los primeros pasos del Marqués en el mundo. Poseida del vértigo que precede y presagia dos grandes calamidades, aquella sociedad marchaba hacia el abismo con una ligereza indiferente, mofándose del cielo y de la tierra, y dejando en pos de sí un recuerdo que habria permanecido siendo infamante, si realzada por los dias de prueba, ennoblecida por el valor, y rescatada por raudales de sangre generosamente vertida, no hubiese probado luchando, sucumbiendo y levantándose, que no estaba realmente muerta, «sino dormida,» como aquella á quien el salvador tendió su mano soberana; solo que para ella el sueño habia sido la embriaguez, y al despertar, la expiacion.

A su entrada en el mundo, el Marqués habia sido el punto de mira de todas las madres que tenian hijas casaderas, no habiendo rica y noble alianza que no le hubiese sido ofrecida; pero él habia rehusado casarse, sin que nadie pudiera adivinar el motivo de esta resolucion, la cual, en el fondo, procedia de un conocimiento bastante justo, aunque imperfecto, de sí mismo. Seguramente no se consideraba orgulloso y soberbio; pues tales defectos, para los que los tienen, se transforman en altivez, firmeza y dignidad, que son sus virtudes más inmediatas; pero el Marqués sabia muy bien que era irritable, violento y propenso á arrebatos de que á menudo se sonrojaba él mismo.

«Seria preciso corregirme, pensaba, cosa que no veo fácil, ó bien que se me disimularan estos defectos; pero es el caso que una mujer solo perdona el mal humor al hombre á quien ama, y hágase usted amar por una cotorrilla que saldrá de su convento el dia del contrato de bodas sin conocer de mi persona más de lo que haya entrevisto á través de la reja, y mirando en mí tan solo el medio de vestirse ricamente para ir á Versalles, primero, y luego á donde mejor le parezca. No, no, me quedo soltero. Mi hermano, si quiere, podrá impedir que se extinga el nombre de la familia.»

(*Se continuará.*)

CIENCIA FAMILIAR.

LLUVIA Y BUEN TIEMPO.

POR

ARTURO MANGIN.

CAPÍTULO PRIMERO.

(*Continuacion.*)

Bastante tenemos que hacer con estudiarla bajo el punto de vista mecánico y físico.

Bajo este concepto, el aire atmosférico llena en la economía general del globo algunas funciones de suma importancia; pues con su presion, opone á la evaporacion de los líquidos, y en particular del agua, una resistencia, sin la cual los rios, los lagos, los torrentes, arroyos y mares no tardarian en secarse.

Además, merced á su trasparencia y fluidez, el aire es un agente receptor, conservador y distribuyente del calor y de la luz.

—Ruego á usted que se esplique.

—Con respecto á la luz, goza el aire de propiedades muy notables. Ante todo es trasparente ya que deja llegar hasta nosotros los rayos del sol y de los demás astros; y luego refracta esos rayos, es decir, los desvia de su direccion primitiva.

Merced á esa refraccion la luz aparece antes que se vea el sol por encima del horizonte, y dura todavía algun tiempo despues de haberse puesto.

Y no es eso todo: no solamente el aire refracta la luz, sino que la refleja y descompone en parte; refleja los rayos azules mas que los de otros colores, cuyo conjunto constituye la luz blanca, de

Biblioteca Nacional de España

donde proviene que lo veamos azul en su espesor.

—¡Cómo! ¿no es, pues, el cielo lo que es azul?

—No, señora; el cielo es una apariencia, ó por mejor decir, el vacío, el espacio infinito, que es negro ú oscuro y lo vemos tal cual es desde lo alto de los montes elevados donde el aire está rarificado.

Biot compara el aire á un brillante velo de azur que nos envuelve y rodea multiplicando y propagando la luz del sol por infinidad de repercusiones. No hay sitio ni lugar por retirado que sea, que, mientras el aire pueda introducirse en él, no reciba tambien la luz que con el aire penetra, aunque los rayos del sol no lleguen allí directamente.

Si no existiese la atmósfera, cada punto de la superficie terrestre recibiria tan solo la luz que directamente le viniese del sol, y cuando dejásemos de ver este astro ó los objetos alumbrados por sus rayos, nos encontraríamos de repente en las tinieblas; los rayos solares, reflejados por la tierra, irian á perderse en el espacio, y sentiríamos siempre un frio escesivo.

—Un frio siempre récio como en las altas montañas ¿no es verdad?

—Sí, señora, ó mas récio aun; el aire con relacion al calor, obra del mismo modo que respeto á la luz: es *diatermano*, ó permeable al calor; pero no deja de retener y reflejar en todos sentidos una parte del calórico que el sol nos envia, y lo almacene, por decirlo así, en provecho nuestro y en cantidad tanto mas grande cuanto mas cerca está de la superficie del suelo.

Cuanto mas densa es la atmósfera, tanto mas susceptible se encuentra de iluminarse y concentrar el calor.

Resulta de las investigaciones de un físico inglés, el señor Jhon Tyndall, que la mayor densidad del aire en las capas inferiores de la atmósfera, no es la sola causa del aumento de su poder absorbente con relacion al calor, y que este aumento se debe mas que á otra causa, á la presencia de mayor proporcion de vapores acuosos en ella.

—Eso me esplica por qué en verano con tiempo húmedo se siente mas calor que en tiempo seco.

—Cabalmente, señora. Y añadiré que el calor además de ser entonces mas fuerte, es mas molesto y bochornoso, porque el vapor esparcido en el aire se opone á que se evapore la traspiracion.

—No le entiendo tan claramente ahora.

—Hemos llegado á uno de los puntos mas importantes de la cuestion: el de la saturacion del aire con los vapores del agua.

—¡Saturacion! cada vez lo entiendo menos.

—Me esplicaré, y nada hallará usted mas sencillo, señora. Un espacio determinado no puede contener mas que una cantidad limitada de vapor. Esa cantidad es la misma, tanto si el espacio en cuestion está privado de aire cómo si no lo está. En ambos casos cuando el espacio de que se trata ó un volúmen dado de aire, ha absorbido todo el vapor que es capaz de recibir, se dice que está saturado.

—Lo entiendo: no tiene mas sed.

—Eso mismo; y vea usted demostrado el por qué en un aire saturado de vapor de agua, la traspiracion no se evapora, lo cual aumenta en nosotros la sensacion del calor y el malestar que le acompaña.

—Hágame usted la merced de pasar adelante.

—Prosigo, pues, reclamando su atencion sobre este principio: el punto de saturacion varía con la temperatura, ó en otros términos: cuanto mas se calienta el aire, tanto mayor es la cantidad de vapor que puede absorber, y recíprocamente disminuye esta cantidad á medida que baja la temperatura. Le ruego que se fije bien en este principio, porque en él se apoya toda la teoría de la formacion de las nieblas, nubes, lluvia, nieve, rocío, etc.

—No lo olvidaré.

—El calor solar es lo que provoca incesantemente la formacion de los vapores, y el calor es lo que mantiene esos vapores disueltos en el aire hasta saturarlo.

La disminucion del calor, ó hablando mas correctamente, la baja de la temperatura, es la que promueve la condensacion y precipitacion de los vapores.

(Se continuará.)

SECRETOS DE TOCADOR.

POLVOS

PARA EVITAR QUE LA ACCION DEL SOL DAÑE AL CÚTIS.

Polvos blancos.—Se forman mezclando 500 gramos de almidon con 100 gramos de sub-acetato de bismuto.

Polvos de rosa.—Mézclense 500 gramos de almidon de arroz con 15 de laca carmínea, uno de esencia de rosas, y otro de esencia de sándalo.

Biblioteca Nacional de España

JARDINERÍA DE SALON.

(*Continuacion.*)

PRIMERA PARTE.
EL JARDIN EN EL SALON.

CAPÍTULO PRIMERO.

NOCIONES GENERALES.

Division de la obra.—*Primera parte*: el jardin en el salon.—*Segunda parte*: el jardin en la ventana.—Riego.—Temperatura del agua para el riego.—Efectos del agua fria en las plantas cultivadas en el salon.—Calefaccion.—Ventajas de un calor igual dia y noche.—Luz.—Ventilacion.—Limpieza de las plantas de hojas anchas.—De hojas estrechas.

DIVISION DE LA OBRA.

No es tan fácil tarea el cultivo de las plantas de adorno en un salon; pero esta dificultad no nos da derecho á queja, ya que es operacion sumamente agradable y que proporciona el gusto de salir bien del empeño.

Para sacar provecho de la horticultura de salon, ó mejor, para no ver frustradas las esperanzas que en ella se funden, es menester gran paciencia y mucho cuidado, lo que no dudamos tendrán las personas que se dediquen á esta operacion, puesto que desean pasar gratamente algunos ratos que tal vez no sabrian como emplear.

Florero.

La estension que es posible dar á la horticultura de salon, las especies y variedades de plantas que puede abarcar, las épocas del año en la que se puede ocupar de ella con mas agrado y buen éxito, todo ello difiere segun el espacio y las condiciones locales.

De consiguiente, hablaremos de la manera mas clara y sucinta que podamos, de todas las condiciones, tales como se presentan en el curso natural de la vida ordinaria.

Con objeto de dar órden á nuestras instrucciones examinaremos separadamente el jardin *en el salon*, y el jardin *en la ventana*, formando así las divisiones lógicas de este tratadito.

PRIMERA PARTE.

En la primera parte consagraremos capítulos separados al jardin sobre la chimenea de salon, ó en la jardinera propiamente tal, ó en la mesa, consola, etc., que á tal objeto se quiera destinar, ó en el invernáculo portátil.

Algunas personas de gusto tienen entre los muebles de lujo uno destinado á ciertas flores y plantas preciosas. Consiste en una pequeña estantería de dos, tres ó mas anaqueles, de forma caprichosa, pero siempre elegante. Le dan el nombre de florero, aunque á veces se destina alguno de los estantes á guardar libros ú otros objetos artísticos, pero siempre el mas alto se reserva para hermosas macetas de flores.

Sea cual fuere el objeto que se prefiera para el jardin, trataremos de los diversos medios de multiplicacion, por semilla ó plantel, por estaca ó por ingerto, en capítulos especiales, no hablando mas que de operaciones botánicas que pueda practicar la persona menos estudiosa.

Sin embargo, no quiere esto decir que tales operaciones dejen de exigir cuidado y atenta voluntad, porque son las mas delicadas á la vez que las mas atractivas de la horticultura de salon.

Se nos podrá decir que prescindamos de cultivos que reclamen esos trabajos; mas ¡cuanto nos agradecerán algunas de nuestras lectoras los ratos de solaz que les procuremos con tan gratas y sencillas tareas!

Las que estimen mas lo fácil, lo que todo el mundo pueda hacer, y por lo tanto carezca de mérito real, tambien podrán dedicar sus ócios á la jardinería de que hablamos.

Terminaremos esta primera parte dando nociones detalladas sobre el acuarium de salon.

Acaso digas, amable lectora, ¿qué es eso del acuarium y á que viene ponerlo en un salon?

El acuarium es una pecera graciosa, encantadora, bonita, que pueda servir para el desarrollo y cultivo de plantas acuáticas, á la vez que para criar hermosos pececitos de diversos colores.

Ya verás que adorno mas hermoso y variado podrás tener con él.

(*Se continuará.*)

EDITOR, SALVADOR MANERO.

SUSCRICION Y VENTA, LEONA, 13. ADMINISTRACION, LAURIA, 82, BARCELONA.

Imp. de Manero.

Biblioteca Nacional de España